

215.693

Núm. 2^a

ORACION DECLAMATORIA

S. XVIII
F 189

DEL INSIGNE SAN JULIAN ARZOBISPO

de Toledo contra los Franceses rebeldes el año 673 en menosprecio de su legítimo Rey Wamba, negándole la obediencia debida por todos derechos, y prestándole á su Comandante; cuyo horrendo atentado fué castigado por los Españoles, reintegrando á su Príncipe en los estados usurpados en la qual pinta al natural el Santo el carácter orgulloso de los rebeldes, y otras execrables circunstancias, que en el día se están representando, con indecible dolor de la piedad y fidelidad Española, no solamente todas juntas, sino enormemente mayores en el gran teatro de la Francia; y exalta por el contrario á la Nación Española por el heroico timbre, que la adornaba (y que jamas ha deslucido) de valerosa, fiel y pia.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

DEL EDITOR.

Para comprehender exactamente el espíritu de la oracion siguiente, se ha de tener presente, que nuestro dominio Español se extendia desde la época del Rey Eurico muerto el año 483 á la porcion Francesa llamada hoy día con el nombre de Languedoc, y entónces Galia Gótica, cuya Capital era Narbona: que dicho dominio Galo-Hispano permaneció baxo del Español hasta despues del reynado de Wamba entronizado en 672 y muerto en 680: que al segundo año de su reynado se le rebeló la referida Galia Gótica: que habiendo enviado el Rey á pacificar-

[2]

la á un caballero llamado Paulo de nacion Griego, con título de Comandante General, perverso este con el mal exemplo, en vez de extinguir avivó mas la llama de la sedición, permitiendo indignamente le proclamaran por Rey los amotinados; y que sabido el hecho por nuestra Corte, puesto inmediatamente al frente de la poca Tropa Española, principalmente Cantabria, que pudo recoger el mismo Rey ultrajado, partió á vengar la afrenta de la infidelidad Francesa, lo que consiguió con una rapidez inaudita, domando á los traidores con su Rey intruso, por el corage Español. En estas circunstancias, arrebatado en zelo el insigne San Julian, tomó la pluma y escribió la siguiente oracion declamatoria, que se publica en obsequio de las Tropas Españolas.

ORACION DECLAMATORIA DE SAN JULIAN.

I. Bien podemos, ó Francia, los vencedores burlarnos de tus desastertos, que te han acarreado tan lastimosa caída. ¿Dónde está la libertad de que te gloriabas con tanta arrogancia aun antes de conseguirla? ¿Dónde aquellas voces de desprecio, con que tratabas á los Españoles por mas cobardes que tus mugeres? ¿Dónde aquellos gestos y ademanes, y aquella cerviz levantada con que rehusabas nuestro lado? ¿Dónde aquella jactancia con que exágerabas tus fuerzas y riquezas? ¿Dónde están los vanos consejos que te daban tus Campeones y Generales?

II. ¿Qué esperabas de tí, quando por tí mis-

[3]

ma te estabas hiriendo con tus obras, despedazando con tus manos, pervirtiendo con tus consejos, y destruyendo con tus engaños? Por tí misma te dabas la muerte con los delitos que añadías sobre delitos, viciando el comercio con la mala fe, la honestidad con prostituciones, la palabra de honor con perjurios, y la Religión de Jesu Christo con el trato de los Judíos. Todos tus antojos tenias por lícitos, sin conocer mas ley que la del adulterio: retozabas como el ganado luxurioso con tropas de meretrices; matabas á los amigos en los convites; degollabas á los inocentes; te fingias humana y afable, para que aceptasen los forasteros tu hospedage, y luego mezclabas la sangre con el vino, degollando á los hombres y á sus hijos, y deshonorando á las hijas y madres con tu luxuria.

III. Entre tantos horrores tú sin embargo no tiembles, ántes bien parece que te animas con el apoyo de los Judíos, cuya infidelidad si lo consideras, ya se ha comunicado á tus hijos; pues muchos de ellos que se preciaban del título de Christianos, han abrazado las máximas de esta pérfida nacion, de cuyos consejos has querido siempre fiarte, sabiendo que sus corazones son reprobados de Dios. ¿Cómo puede ser que no vencies la dañosa supersticion de los Hebreos, despues de haberles fiado con tanto empeño el cuidado de tu misma vida?

IV. Reconoce, desdichada, reconoce lo que has hecho. Ya que perdiste el entendimiento en el ardor de tus fiebres; ahora que se te han pasado, vuelve á lo ménos en tí, y reconóce te por alimentadora de escándalos y de maldades, ma-

[4]

dré de blasfemós, madrastra de infieles, hija del engaño, cebo de los prostíbulos, cueva de traiciones, fuente de perfidia, homicida de las almas.

V. No estabas contenta todavía con haber criado á tus pechos tantos hijos de maldición, sino añadías á tus iniquidades la de repudiar á tu Rey, colocando á otro en el trono sin las formas legítimas, con solos manejos y engaños. ¿Qué muger hubo hasta ahora, que teniendo marido, se entregase á otro, sin prever los peligros del honor y de la vida? Tú sola, sin considerar los riesgos de la rebelion, compraste el cetro para un rebelde. ¿Quién ha hecho jamas hasta nuestro siglo tan enorme locura? ¿Dónde se ha visto una monstruosidad tan horrorosa, sino en medio de tus pechos? ¿Quién no se pasma de que sin reventar pudieses concebir y parir un monstruo tan formidable que ha sido en nuestros dias fecundísimo de dolores?

VI. No puedes excusarte con decir que te ha venido de allende, porque ó por tu capricho ó por consejo de otros, en tu seno lo has concebido. Si dices que te vino de fuera, ¿por qué lo acogiste? ¿por qué no lo echaste como á miembro pedrido? Y si confiesas que tú lo engendraste, ¿por qué no lo has cortado ántes de dexarlo crecer?

VII. Si dices en tu defensa, que no tenías fuerza bastante para matar al monstruo; entonces yo podré decirte con toda razon: ¿En qué ha parado la hinchazon de tu boca, y la jactancia de tus palabras? ¿Dónde está la soberbia de tus gestos y de tus pasos? ¿Dónde aquella satisfaccion intolerable con que decías á todo el

[5]

mundo; que para resistir á un puñado de tus hombres no bastaba toda la Nacion Española? No te excusa, no, el decir que no tenias fuerza, porque aun sin flechas ni espadas podia servirte de arma la fidelidad, peleando hasta la muerte contra los esfuerzos de los rebeldes, pues habias jurado voluntariamente á tu religioso Príncipe que serias enemiga de sus enemigos, y le defenderias hasta la última gota de tu sangre.

VIII. Hasta ahora ninguno de tus hijos ha mantenido su palabra; ninguno ha expuesto la vida por su Rey; nadie deseó morir en su defensa: no ha habido persona que estimase mas que su vida, la del ungido del Señor: ántes bien has dado pruebas de ser infiel en las promesas, y fácil en los perjurios, fomentando con palabras y obras el fuego de la infidelidad en lugar de apagarlo. Parece que te lleva la inclinacion á pelear con los de casa, mas bien que con los de fuera, y á perseguir de muerte á tus compañeros, mas bien que á los enemigos. Y lo peor es que no peleas con armas, sino con engaños; y así es mas temible tu veneno que tu espada, porque mas gentes matas con la miel que con el hierro.

IX. Hemos probado dentro de casa el veneno de tu pecho; pero jamas te hemos visto en campaña descubrir la frente al enemigo, y si alguna vez has ordenado las haces, ha sido para matar á tus Ciudadanos. ¿Cómo cupo en tu pecho tanta crueldad, que te resolvieses á dar la muerte á tus defensores y libertadores? ¿Cómo te atreviste á provocar á los mas fuertes, y amenazar con la muerte á los mas valientes? Prue-

ba es evidente de frenesí el no conocer la superioridad del enemigo; pues suelen los frenéticos hacer mayores esfuerzos, quando están mas caídos y mas cercanos á la muerte, no porque tengan mas vigor, sino porque se hallan mas desesperados.

X. Pero tú, ya que sanaste de tu frenesí, acuérdate á lo ménos de la locura con que insultabas en el ardor de tu fiebre, y de la temeridad con que despreciabas á los que por fin te han vencido. Acuérdate que en tus delirios se movió contra tí un ejército, no de toda España, sino de un solo rincón de este Reyno; y luego domó tu fiereza, holló tu cerviz, y te hizo ver con la experiencia, que valen más sus espadas que tus palabras. ¿Qué dirás ahora, desdichada, viéndote caída, y baxo los pies de los vencedores? Los Españoles con su Rey supieron verte, supieron domarte y sujetarte.

XI. Mas el vencedor, en lugar de oprimirte quiso afeer tus crueldades con sus beneficios. En vez de hacerte esclava como lo merecias, se compadeció de tu dolencia, te dió la libertad que habias perdido, borró de su memoria tus afrentas, te escogió por amiga y compañera aun ántes que te declarases arrepentida, te dió el título glorioso de libre aun ántes de haber perdido el de esclava. ¿Pero qué mucho que haya sido tan piadoso contigo, habiéndote siempre ayudado en todos tus peligros, y habiendo sido en todo tiempo tu defensor y consolador?

XII. Es admirable la contraposicion en lo que ha pasado; ¡qué tanta crueldad en tí, y qué tanta piedad en los Españoles! Tú les ibas con engaños,

y ellos con la paz: tú con la muerte, y ellos con la defensa: tú con espadas contra ellos, y ellos con armas á tu favor. Tú les persigues con tus manejos y con las armas ajenas, y ellos trabajan en apartar de tí á tus enemigos: tú les procurabas la muerte aun con tu propio daño, y ellos ponen á riesgo su vida para asegurar la tuya: tú no teniendo mas armas regalas á quien los mate, y ellos, donde no alcanzan con la espada, compran tu libertad con el dinero.

XIII. ¿Quándo jamas los has visto ó gozosos en tus heridas, ó alegres en tus muertes? Sabes bien que si alguna vez les llegó noticia de que los enemigos te amenazaban ó perseguían, corrieron inmediatamente á defenderte, metiéndose con el mayor peligro entre las espadas de los enemigos, y venciendo las dificultades y fatigas de tan largo viage, solo por el deseo de tu vida y tranquilidad. Sobrado notoria es la piedad de los Españoles por una parte, y el furor de tu crueldad por la otra. Has conocido tú misma por la experiencia, que los Españoles vencedores, á quienes despreciabas, te han compadecido, y tus hijos que nacieron de tus entrañas de vibora, no te han ocasionado sino miserias y muerte.

XIV. He declamado hasta ahora para tu provecho, con el fin de que la aspereza de mis palabras sea castigo saludable de tus culpas, y te sirva de correccion. Mirate con lágrimas en los ojos; mirate como estás afeada y descolorida, y avergüenzate de tus fornicaciones, que te reduxeron á estado tan infeliz. No sea que vuelvan á abrirse tus llagas, y se renueve la hinchazon

[8]

Ya que no lloras ni te resientes, sean espadas para tí mis palabras. Tu remordimiento mismo te condene, y te venza en los infiernos el que venció el mundo con la Cruz.

AÑO M.DCC.XCIII.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

atm. 54 - 56
R. 108029